

por dejarse caer, llorando copiosamente, en el sofá.)

ENRIQUETA. (*Mirándola con profunda lástima.*)
Desventuradal (*Cae el telon.*)

EIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Federico.—Puerta en el fondo. A la derecha del espectador, dos puertas laterales. A la izquierda, una que pertenece á la habitacion de Federico, y otra en segundo término, que conduce á la calle, como una puerta de escape.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, entrando por el fondo seguido de ANSELMO.

- FEDERICO. Haz que tengan listo el carruaje, porque saldremos esta noche.
- ANSELMO. Bien, señor.
- FEDERICO. Se entiende, si como me has dicho, mi padre se encuentra mejor.
- ANSELMO. Mucho, señor. Aseguró el médico, al salir, que se hallaba fuera de peligro; eso á lo ménos dijo á la señora.
- FEDERICO. ¿Y no dijo nada más?
- ANSELMO. Que es preciso cuidarle porque se encuentra débil. . . . muy débil; encargó el silencio y el reposo.

FEDERICO. Por fortuna, Anselmo, este departamento que ocupamos, de paso, en la casa de mi padre, está bastante léjos de las habitaciones en que él se entrega al sueño.... Sin embargo, te recomiendo que al cerrar esta noche las puertas, no hagas ruido.

ANSELMO. Descuide vd.

FEDERICO. ¿Y la señora?

ANSELMO. Me encargó que le avisara á vd. que está vistiéndose para el baile.....

FEDERICO. Está muy bien. Retirate, Anselmo; te repito que mandes alistar el carruaje. *(Anselmo se va.)*

ESCENA II.

FEDERICO solo.

¡Ah! ese hombre! ¡ese hombre! ya me llama la atención su terquedad. Vamos.... será un loco.... ¿Dónde he visto yo á ese hombre alguna vez?... ¿Dónde?... ¡Una vez sola! Debe de haber sido una vez sola! Pero no.... ¡quíá! ¡qué me importa á mí, si ella es tan buena! ¡Hola, sin duda estoy oyendo sus pasos y yo no me he vestido aún... no.... no.... que no me vea.... le molestaría mi tardanza. *(Entra Gabriela en traje de baile, y se mira al espejo, poniéndose los guantes.)*

ESCENA III.

GABRIELA, despues ANSELMO.

GABRIELA. Bien, es preciso complacerle.... es preciso.... es necesario.... *(Toca el timbre.)* Anselmo?

ANSELMO. Señora.....

GABRIELA. ¿Y el señor?

ANSELMO. Vistiéndose.

GABRIELA. ¿Crees que tardará mucho? Le puedes avisar que ya estoy lista.

ANSELMO. *(Dirigiéndose á la puerta de la habitación de Federico.)* Está muy bien, señora.

GABRIELA. Con eso se dará alguna prisa.

ESCENA IV.

GABRIELA, ENRIQUETA.

ENRIQUETA. *(En la puerta del fondo.)* Se puede entrar?

GABRIELA. Adelante..... ¡Ah! tía! mi tía Enriqueta, qué placer!

ENRIQUETA. *(Avanzando al proscenio.)* Placer! No lo esperabas; es cierto?

GABRIELA. No, la verdad que no! Siéntese vd., tía mía.... siéntese vd.

ENRIQUETA. ¿Creíste que durarían eternamente mis rencores?

GABRIELA. Sí, lo creí.... Como yo desde niña conozco el carácter de vd., terco, tenaz, indomable.....

ENRIQUETA. Indomable! esa es la palabra. Por eso precisamente no me casé... y ahora que esto digo, y olvidando por un momento lo pasado, ¿qué tal? ¡cuéntame! ¿eres dichosa? ¿vives feliz? Si lo he olvidado todo y el poder de este cariño hasta aquí me ha arrastrado, porque es mucho, mucho lo que te quiero: por lo mismo, Gabriela, no me engañes; no me respondas como responderías á cualquier amiga impertinente ó curiosa que te preguntara... Dime... ¿por qué bajas los ojos? la verdad... la verdad... ¿No estás acostumbrada desde muy pequeña á que yo lea en tu pensamiento?

GABRIELA. Así es...vd. fué siempre mi mejor amiga, por eso hice seguramente mal, muy mal en no seguir sus consejos.

ENRIQUETA. ¿Lo confiesas?

GABRIELA. Lo confieso.

ENRIQUETA. ¿Sufres?

GABRIELA. Mucho.

ENRIQUETA. ¡Y hace un mes nada más que te casaste!

GABRIELA. ¡Hace un siglo!

ENRIQUETA. ¿No es ese señor D. Federico bueno contigo?

GABRIELA. Sí es.

ENRIQUETA. ¿Tiene mal carácter?

GABRIELA. No.

ENRIQUETA. ¿Ni es exigente para nada?

GABRIELA. Para nada.

ENRIQUETA. ¿Te ha reñido alguna vez?

GABRIELA. Jamás.

ENRIQUETA. ¿Es celoso?

GABRIELA. No.

ENRIQUETA. ¿Tiene muchos amigos?

GABRIELA. Ninguno; al ménos que yo sepa.

ENRIQUETA. ¿Recibes?

GABRIELA. A nadie. Hace nada más tres días que llegamos á esta capital. Yo no conozco aquí á una sola persona. Salimos poco y de noche.

ENRIQUETA. Sin embargo estás en traje de baile.

GABRIELA. Por la primera vez Federico me presentará á lo que se llama, según dice, el gran mundo de esta sociedad.

ENRIQUETA. Pues entónces, hija mía, si tu señor esposo es tal como le presentas es, un excelente hombre. ¿Te deja acaso sola?

GABRIELA. Muy poco. En estos momentos trae entre manos un asunto, un negocio; no se qué contrato de telégrafos... y nada más que el tiempo que emplea en eso, me ha dejado sola.

ENRIQUETA. Entónces no comprendo por qué sufres.

GABRIELA. Tía.....

ENRIQUETA. No lo comprendo... te repito no lo comprendo... ¿Lloras?... Ah! sí... ¡Ahora sí comprendo! Mira, ¡y qué bien que

hablan las lágrimas... ¡Bueno!... bien... aquí estoy yo para consolarte..

GABRIELA. ¡Y qué falta me hacía! ¡Gracias á Dios que viene vd. á mi lado; que dejo de hablar á solas...! ¡Ay, he hablado tanto á solas! El es bueno, muy bueno... y esto aumenta mi tormento. Miétras más cerca está de mí, más léjos quisiera yo mirarle. Habla, y miétras más dulce llega á mis oídos su acento, más áspero resuena su eco en mi corazón. Si oprime mi mano, siento que mis dedos se aflojan entre los suyos, entre los suyos ardientes como brasas. Si me mira, ah! si me mira... no sé qué hacen mis ojos para que aquel rayo de poderosa luz no entre en mi alma...! Y cuando algunas veces, enagenado, loco, delirante, llega junto á mí, y acariciando mi mejilla, acerca su labio al mío... entónces, entónces, tía, yo siento algo que es imposible explicar. Es que... que entre él y yo... esto muy quedo... muy quedo... no vaya alguno á oirme... entre él y yo se levanta, al contacto de ese beso, todo un mundo de ilusiones ahogadas, de esperanzas que se fueron, mares de lágrimas que agitaron los suspiros, que emborrascaron los so-

llozos y cuyas olas, rebeldes aún, vienen á estrellarse bravías, lo mismo que en desierta playa, en mi pobre corazón!...

ENRIQUETA. Gabriela..... Gabriela.....

GABRIELA. Y es que hay más... ¡hay más todavía! Si este mundo de mis recuerdos se alzara ante mis ojos, así... borrado, de léjos... como entre brumas, qué importaría...! pero no... no... En medio de todo eso que se mezcla, que se agita y que se entrelaza y se confunde en mi espíritu, siempre delirante, siempre exaltado..... se levanta la imágen... la imágen de..... de Octavio! Ah! yo no sabía... no podía saber cómo amaba yo á ese hombre! ¡Es el imposible lo mismo que inmensa lente, y al través de su cristal el cariño se agiganta; crece el deseo, la ilusion se colora y la desesperacion raya en locura...! Y qué remedio? Dormir, pues ni dormir, ¡ni eso! Dormida, sueño con Octavio, le miro, le oigo..... y cuando despierto, cuando la luz del día ilumina, cerca de mí, el semblante de Federico, me parece imposible que él no sea Octavio!.....

ENRIQUETA. Ah! y para qué te casaste?

GABRIELA. Y bien, ¿es hora, tía, de preguntarme

eso? ¿tiene remedio acaso? ¿Por qué me casé? ¿es tiempo de analizar ese conjunto de circunstancias, que ponen una nube en la razón, una venda en los ojos, y que arrastran al pie del altar, allí, en donde los labios, moviéndose imperceptiblemente dejan escapar una palabra, una sílaba, ménos que una sílaba, un sonido.... y eso, eso sólo es el nudo eterno....! ¡para mí la eterna desesperación!

ENRIQUETA. Pues bien, hija mía.... queda aún un remedio.... el tiempo.

GABRIELA. El tiempo es el mejor amigo del amor verdadero.

ENRIQUETA. Cuando ese amor no tiene quien lo agite, cuando se le encierra.....

GABRIELA. ¿No tiene quién lo agite? ¡Ojalá!

ENRIQUETA. ¿Y quién lo agita?

GABRIELA. El!

ENRIQUETA. ¿Quién es él?

GABRIELA. Octavio!

ENRIQUETA. ¡Octavio! ¿Es posible?

GABRIELA. Nos ha seguido á todas partes.

ENRIQUETA. ¿Y ha osado hablarte? atrevióse....

GABRIELA. No, tía, eso no, ni yo se lo hubiera permitido.

ENRIQUETA. Ni se lo permitirás nunca.

GABRIELA. Moriría primero; pero es el caso que de nada sirven, ni han de servir mi indiferencia y mis desdenes.

ENRIQUETA. ¿Y por qué?

GABRIELA. Porque á pesar de todo hoy he recibido una carta suya....

ENRIQUETA. Una carta! ¿y cómo la has recibido? ¿quién te la dió? ¿cómo ha llegado á tus manos?

GABRIELA. Lo ignoro.

ENRIQUETA. ¿Lo ignoras? no comprendo.

GABRIELA. He encontrado esa carta entre las páginas de un libro que yo leía.... supongo que un criado.....

ENRIQUETA. Pero eso es una infamia.... mezclar á los criados en asunto tan delicado.....

GABRIELA. Eso le probará á vd., tía, de lo que es capaz Octavio.

ENRIQUETA. ¿Y qué te dice ese hombre en esa carta?

GABRIELA. Que lo reciba hoy, hoy mismo..... diez minutos, solamente diez minutos, y si no.... si no accedía yo á su demanda....

ENRIQUETA. Si no accedías.....

GABRIELA. Dará un escándalo.

ENRIQUETA. Un escándalo! Hé aquí una cosa que es preciso evitar á todo trance..... ¡Un escándalo! librenos Dios, hija mía, ¡un escándalo! ¡No parece sino que la Providencia me ha traído á tu casa esta noche. Y mira, Octavio sabe muy bien cuánto me opuse yo á tu enlace

con Federico.... yo adivinaba, mejor dicho, presentía todo esto. Octavio lo sabe, sí, y él me oirá, porque él me respeta..... Yo necesito hablarle hoy mismo.

GABRIELA. ¿Habría vd. con él?

ENRIQUETA. Por supuesto.

GABRIELA. Pues es muy fácil.

ENRIQUETA. ¿Cómo?

GABRIELA. Esperando está mi determinación, según dice en esa carta, en la esquina. Allí ha debido de estar aguardando desde las oraciones de la noche. ¡Vaya vd., tía, vaya vd..... vd. me salvará.... oigo que se acerca Federico; se estaba vistiendo.

ENRIQUETA. Sí..... sí..... que tu esposo no me detenga..... voy..... voy..... volveré.

ESCENA V.

GABRIELA sola.

GABRIELA. Cuán buena es! Si yo hubiera escuchado su voz cariñosa, viviría de otro modo. Viviría aun allá en mi pueblo, al lado de mi padre.... mi padre tan severo, tan adusto; pero tan bondadoso en el fondo..... tan inflexible como tan tierno! ¡Ah! desventurada de mí! Él, Federico....

ESCENA VI.

GABRIELA, FEDERICO.

FEDERICO. Gabriela, ¡cuán hermosa estás así, Gabriela mía, con ese traje tan bello. Ni el día de nuestra boda te miré tan llena de seducción y de hechizo como te estoy mirando ahora! (*Saca su reloj y lo mira.*) Tú sabes, Gabriela mía, que nos hemos anticipado demasiado?

GABRIELA. ¿Por qué? ¿no dices que son las ocho?

FEDERICO. Eso es, precisamente; pero aquí, en la corte, un baile no comienza, como allá en el pueblo, á esa hora..... no, aquí estas fiestas comienzan más tarde.... á las nueve.....

GABRIELA. [*Como distraída ó preocupada.*]—Y terminarán entónces.....

FEDERICO. Hasta el amanecer.

GABRIELA. Demasiado tarde.... Pero nosotros no estaremos tanto tiempo. (*Con inquietud marcada.*)

FEDERICO. Ya se ve que, si tu quieres, saldremos ántes; será lo que á ti te agrade. No pretendo hacer otra cosa que complacerte, que halagarte. Mas, dime, Gabriela, ¿qué tienes? (*Clavando los ojos en su esposa.*)

GABRIELA. (*Estremeciéndose.*) ¿Yo.....? ¿qué tengo? ¿por qué....? pregunta más

extraña ! nada yo no tengo nada.

FEDERICO. [*Con escudriñadora mirada.*] ¿Nada? no.

GABRIELA. Yo te digo que no.

FEDERICO. (*Con acento casi de convicción.*) Pues yo te digo que sí ven acá . . . siéntate.

GABRIELA. (*Sentándose.*) Federico

FEDERICO. [*Tomando una silla y sentándose también cerca de ella.*] Mira . . . es inútil que trates de ocultarme un sentimiento que, por más que lo encarcelas, se escapa de tí, desbordándose á pesar tuyo. Escucha . . . Embargado allá en los primeros años de mi juventud, por árduas y penosas tareas científicas; más tarde, imbuído en la política, unas veces victorioso, otras vencido . . . poca ó ninguna impresion dejaron en mi alma caprichos del espíritu, devaneos del amor. Juguete de eso que llamamos la Fortuna, y que no es otra cosa que el resultado de nuestras propias pasiones constantemente en lucha; cansado, perseguido por el cansancio y el fastidio, quiso mi suerte, la primera vez que deveras me sonreía, que te hallase, Gabriela, en mi camino. Léjos del mundanal bullicio, en modesta morada, al lado

de honrado padre, te ví, y te amé . . . Te dije que te amaba y me respondiste que pidiese tu mano; y la pedí, y me la dieron, y nos casamos! ¡Hermoso día el día de la union! Y no por la fórmula. Cualquiera otra hubiera sido igual para mí Yo creía que tu alma, de antemano unida á mi alma, se regocijaba desprendiéndose de todo afecto humano, para consagrarme eternamente tu cariño. ¡Es esta la vez primera que me acerco á tí sin darte un beso! ¿Por qué vacilo? ¿por qué no me resuelvo? ¡¿Me amas, Gabriela?

GABRIELA. Te amo.

FEDERICO. ¿Más aún que aquel día?

GABRIELA. Más aún.

FEDERICO. Cuida de que por esos labios tan puros, no se dibuje jamás ni la sospecha de una mentira! Díme pero no, no he de preguntarte nada hasta que acabes de oírme. No ha de ser la promesa formulada al pié del ara la que ha de anudar el lazo que nos mantenga unidos. Olvídate de eso, Gabriela mía Imagínate que vivimos allá en los primeros tiempos de la existencia del mundo, cuando aún no se promulgaban ni se escribían las leyes sociales, hijas del desarrollo mo-

ral y las costumbres.... en esa época en la que yo pienso que el único lazo conyugal era el amor. Pues bien, escúchame con calma..... te lo ruego. Y voy á acercarme más para que entiendas mejor. [*Se acerca á Gabriela*]. Si es que sientes por mí este inexplicable placer que experimento mirándote al semblante; si la mirada de tus ojos responde á la mía, ardiente y enamorada; si repercute en el tuyo golpe á golpe el latido de mi corazón, que porque vives tú no más golpeas; si tu mano, al estrechar la mía se estremece, porque se regocija tu alma al contacto del calor de mi sangre que arde en ella; éntonces, que no se rompa nunca esa cadena con que el sacerdote enlazó nuestros cuellos, porque amor forjó sus eslabones; pero si no es así, Gabriela, si al contrario de lo que siento sientes.... éntonces, no existe el lazo.... aquello fué no más que un sueño, éntonces eres libre.... Yo, rechazando con todo el poder de mi alma tan bárbara costumbre, te redimo del yugo y te liberto. Torna á vivir honrada al lado de tu padre, que bajo este techo honra no has de hallar, sino la trajo el amor. ¿Me has compren-

dido ya, Gabriela mía? ¿Puedo aún decirte más si tú lo quieres!

GABRIELA. [*Con mucha emocion*]. No! me basta con lo que he oído, Federico.....

FEDERICO. ¿Y me amas, Gabriela?

GABRIELA. [*Con voz insegura, disimulando su emocion en lo posible*]. Te amo!

FEDERICO. Entónces, júrame; pero no, nada mejores..... Oye aún: aún es tiempo. Gabriela, todavía.... No sé qué terca desconfianza, no sé qué vago y pertinaz recelo se aposenta aquí dentro de esta entraña, que al despertar en ella parece que se levanta allá en tu pecho.....

GABRIELA. (*Disculpando su sobresalto*). Es que cómo nunca me habías hablado de este modo, Federico.....

FEDERICO. [*Enternecido*]. Tienes razón.... pobre Gabriela mía! no hay peor consejero que el recelo.... ya á terminar vamos: pero es preciso que yo te diga estas cosas. [*Recobrando su energía*]. Díme lo más malo que puedas decirme: con tal de que sea la verdad te lo perdono; pero si me engañas Gabriela, si me engañaras..... ¡Ay de tí.....! ¡ay de tí éntonces..... Júrame, júrame que sólo á mí me amas... júralo si es la verdad! si no es la verdad, no lo jures. Cállate, y te